

*Ariel Magnus*

MENTIR LA VERDAD  
Confesiones de un falsario de la política

*PRE-TEXTOS*  
NARRATIVA

El único engaño que puede aspirar al éxito y a tener un efecto vital entre la gente es aquel que no merece por completo ese nombre, sino que no es más que la ornamentación de una verdad viva –aunque no plasmada del todo en el reino de la realidad– con aquellos atributos materiales que necesita para que el mundo la reconozca y la valore.

THOMAS MANN, *Confesiones del impostor Felix Krull*

Los realistas del futuro tendrán que mentir cada vez más a fin de decir la verdad.

LOUIS ARAGON, *La mentira verdadera*

## LA VERDAD SOBRE MI ADHESIÓN AL NAZISMO

Mi nombre es Heinrich Jürges –o Heinz, o Enrique– y he dedicado mi vida al tráfico de información. Casi nunca veraz, me apresuro a admitir. Por eso quisiera empezar el relato de mis imposturas –de las que sigo orgulloso y que considero un arte tan digno como cualquier otro, amén de mucho más útil y rentable– por la única de ellas que, en el río turbio de las restantes, quizá acabe injustamente por caer también en esa categoría.

Remontémonos para ello al año más negro de nuestro siglo: 1933. Nuestro líder, Adolf Hitler, acababa de ser designado canciller de mi país –que, por cierto, no era el suyo– y se ocupaba de perseguir al enemigo rojo con el mismo tesón que luego aplicaría sobre sus propios correligionarios pardos.

El último operativo del que participé, aunque no era una tarea que me correspondiera, tuvo lugar en el muy burgués barrio de Schönberg, en Berlín, más específicamente en la casa del economista Lutz Lask, miembro del Partido Comunista Alemán. No lo encontramos a él, sino a su esposa, que nos recibió en

deshabillé –eran las siete de la mañana– y sólo atinó a informar que estaba encinta.

–Si no se calla, le aborto su feto judío de otra patada –le informó el jefe del operativo, que había invertido la primera en derribar la puerta de ingreso.

A punta de pistola le hizo decir a la mujer su nombre, aunque ya lo sabía, la relación con el arrendatario del departamento, que era evidente –no así que también ella era miembro del КРД, como averigüé más tarde–, y el paradero de este, que la mujer no nos hubiese revelado ni siquiera en el caso de que el hijo fuera de otro.

Por lo demás, ninguna de estas informaciones nos incumbía demasiado. La orden era allanar la vivienda y llevarse todo lo que pudiera servir para acusar a su ocupante de editar el periódico *Bandera Roja*, aunque no hiciera falta evidencia alguna para detenerlo, ya que tampoco era el plan someterlo a juicio antes de enviarlo a un campo de trabajo. Para el régimen, la hipótesis ya era parte de la conclusión, un método que, como aprendería yo más tarde, convertía la presunción de inocencia en su perfecto opuesto, salvo para sus ideólogos.

Por requisar una vivienda se entendía básicamente ponerla patas para arriba, y a eso fue a lo que nos dedicamos durante veinte minutos con el brío de niños a quienes los padres dejan un rato solos para salir al teatro o de compras. Abrir, tajar, desparramar, destrozar

era más importante que encontrar algo, sobre todo porque ninguno sabía muy bien qué estábamos buscando, más allá de eventuales objetos de valor que guardarse de manera subrepticia en los bolsillos. Yo era el único que contaba con la formación intelectual suficiente como para al menos establecer distinciones entre los libros de la biblioteca o los papeles que yacían sobre el escritorio. Sin embargo, no fue por eso por lo que me detuve en la pila de cuadernos en octavo, de tapas azules y atados con cordel, que encontré al fondo del cajón de la mesa de noche ubicada del lado en el que dormía la embarazada.

—Eso no tiene nada que ver con mi marido —me advirtió Dora Diamant, que se había recostado en el otro extremo, con la voz más baja posible, un punto antes de ya sonar conspirativa.

A mí me tenía sin cuidado que el bebé por nacer fuera o no de la religión despreciable, esas eran obsesiones de la otra rama del Partido, a la que se adscribía el jefe de la operación. Lo que no le perdonaba a esa mujer era que estuviera embarazada y se jactara de ello, o, antes, que su marido la hubiera dejado en ese estado, más allá, otra vez, de la doctrina política que este profesara, aunque esa sí que me parecía de temer. Cada hombre capaz de procrear me recordaba mi incapacidad para hacerlo y cada mujer favorecida por ese don debía hacerse eco de los reproches que yo soportaba de la mía.

Quedé impotente a los dieciséis años, tras haber pasado seis meses en la misma trinchera que selló mi destino, o en todo caso el de mi desde entonces imposible (casi imposible) descendencia. Una noticia no tan mala, si se tenía en cuenta que los camaradas que en su momento me transportaron al hospital de campaña ya me habían dado por muerto. Y ciertamente habría sucumbido a esa granada enemiga de no haber hecho cuerpo a tierra arriba de un topo, que al parecer absorbió la mayor parte de las ondas destructivas, aunque concentrando las restantes en mi pelvis.

—Qué tienen o no que ver con su marido estos cuadernos es algo que vamos a determinar nosotros —le respondí a la fertilizada de apellido polaco, aunque no tenía por qué dar explicaciones y hasta arriesgaba una reconvención de mi jefe, si este no hubiese estado demasiado entretenido en calcular el valor posible de unas pequeñas vasijas con dibujos hechos a mano.

Los cuadernitos de tapas azules, aun atados con su piolín, se habrían vuelto a perder bajo el aluvión de objetos confiscados que desembocaban todos los días en el depósito subterráneo donde yo quemaba las horas fumando y jugando a los naipes si a los pocos días no hubiera llegado la renovada solicitud de devolverlos, bajo admonición de que no pertenecían al comunista buscado. La diferencia era que el planteo no provenía ahora de una esposa desesperada, sino de las altas esferas del Partido, con las que al parecer había

contactado a tales efectos un importante diplomático de la embajada checoslovaca en Berlín. Rescaté las libretas de entre una pila de otros papeles que nadie tenía pensado revisar jamás y, con la excusa de entregarlos para su análisis previo en la oficina de asuntos masones –bajo el mando de un por aquel entonces ignoto muchacho llamado Adolf Eichmann–, me los llevé a mi casa, como ya había hecho con otros objetos reclamados, a los que tampoco les adivinaba valor alguno, pero de los que calculaba poder exigir un rescate oneroso de quienes al parecer sí.

No me considero un ladrón. Años más tarde, cuando conocí en Buenos Aires al escritor Paul Zech, que también había tenido que huir de Alemania por faltas a la ley similares a las mías, discutimos abiertamente sobre nuestra debilidad por lo ajeno y llegamos a la conclusión de que más bien debía ser interpretada como una forma de la filantropía. Zech en su biblioteca, yo en mi archivo, nos dedicamos de manera sistemática a extraer objetos que de otra manera hubieran seguido sepultados en la indiferencia, como quien se aboca a salvar gente de una prisión injusta, o en todo caso inconducente. Que lo hayamos hecho con alguna ambición pecuniaria de trasfondo no le quita altruismo a nuestro quehacer, como no se lo quita a las destrezas de un boxeador o de un actor cómico el salario que perciben por sus *performances*. Y si esto es cierto en cualquier dependencia del Estado, cuánto

más bajo el régimen que nos tocó vivir a Zech y a mí, del que ya intuíamos que no se salvaría nada, o sólo lo que rescataran, a traición, personas de doble filo como nosotros.

Nunca sabré con precisión cuál de todas estas inversiones a futuro me arrojaron otra vez al banquillo de los acusados, del que nuevamente me bajé con una pena de cuatro años de cárcel, acompañada en esta ocasión por la pérdida de mis derechos civiles, como si me hubiesen descubierto un abuelo de credo mosaico. La primera condena había sido otros diez años hacia atrás, tras falsificar unos documentos oficiales, más por ahorrarme los trámites respectivos que por voluntad delictiva. Me jugó en contra, pienso en retrospectiva, haber salido antes airoso del desfalco de una casa de empeños –le agregué un cero a un cheque al portador por dos mil marcos alemanes– y del desvío de un cargamento de fármacos que habían puesto a mi cuidado. En ambos casos supuse, creo que no sin lógica y en todo caso no sin éxito, que me evitaría sufrir las consecuencias de infringir la ley el hecho de hacerlo con mercadería de por sí bastante ilegal. Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón, dicen en el idioma que adopté más tarde, quizá no por casualidad, como si ya hubiera sabido que en él –el que ahora uso para estas memorias– me sentiría mejor comprendido que en el mío. Pero en el mío ese dicho no existe, mucho menos aplicado al aparato administrativo, usina de la

así llamada legalidad, por lo que estimo que esas excursiones a sus márgenes, aunque sin consecuencias graves en su momento, influyeron fatalmente en que el crimen burocrático, tan inocente a simple vista, me terminara valiéndome cuatro años a la sombra.

Llegó así a su fin mi primera adultez, después de que a la adolescencia me la matara, también de un momento para el otro, aquella bomba en la trinchera. Lo que vuelve a parecer una desgracia resultó en el fondo una renovada fortuna, porque en ambos casos quedaron atrás etapas de mi vida cuyo único rasgo positivo fue haber terminado relativamente rápido.

Con lo que no quiero decir que la etapa previa a ambas, mi infancia, haya tenido nada de sencilla. Si bien nació en 1898 en Langerfeld, mis primeros recuerdos son de un orfanato en Berlín –no para niños judíos, ya se entenderá por qué lo aclaro–, del que salí adoptado a los seis años por un matrimonio ficticio, que oficiaba de pantalla para la vida libertina de sus miembros con personas de sus respectivos sexos. De esto me enteré recién a los doce, por boca de un amante de mi padre que también hubiera querido ser mío, y que por momentos logró serlo, según comencé a recordar más tarde.

Ser consciente de haber oficiado de pasaporte al libertinaje para mis procreadores presuntos –nunca decían que yo no era su hijo natural, naturalmente– le garantizó a mi adolescencia una independencia sin

límites, ni siquiera coartados por las estrecheces pecuniarias –no es que no tuvieran dinero, sólo que no les gustaba compartirlo conmigo más que en especies, como ser ropa de calidad y una buena escuela– o unos pruritos básicos de salud. De joven rara vez dormía dos veces en el mismo sitio, como si temiera que los colchones, o lo que me tocara en suerte bajo el cuerpo, tomaran mis medidas para confeccionar un traje que me adormeciera los instintos. Que, por cierto, no invertía en nada en especial, salvo en protegerlos, también instintivamente, de cualquier intromisión ajena, al modo de una madre a sus críos, mientras le cedía al futuro la decisión sobre su utilidad eventual.

La Gran Guerra, que ahora llamamos primera, pero que en aquel entonces tomamos como la última, o en todo caso la *ultimativa*, como se dice en mi idioma materno –quizá adoptado él también, porque vaya uno a saber cuál era el que hablaban mis padres biológicos–, rápidamente perdió el carácter de solución a todos mis problemas, o al único de no tener un problema determinado. El medio año en el frente, vacío de más eventos que una extensa expectativa febril seguida de su explosivo desenlace, me dejaron emancipado hasta de la necesidad de proteger esa emancipación como un tesoro. Dentro de la trinchera entendí que la vida en su máxima expresión, o mínima, en el sentido de más pura, era simplemente eso: cavar una fosa, agazaparse adentro y esperar.

De vuelta en su versión más llana, meramente civil, mientras en el frente la contienda seguía en ascuas, me hundí en una melancolía tan profunda que no me servía ni para componer poemas. Más para distraerme de este estado de desánimo generalizado que por verdadera necesidad, cometí, una vez repuesto de mis heridas, al menos de las que resultaron curables, la serie de delitos menores ya pormenorizada que culminó con el de los papeles fraudulentos. Confirmar, tal vez de manera algo demasiado pragmática, que un escrito de mi autoría podía ser tomado tan en serio como para llevarme a la cárcel me puso al fin en la senda de mi auténtica vocación, tras un tiempo de haber coqueteado con otros formatos literarios mucho menos idóneos para dejar secuelas trascendentes en la vida real. De modo que, lejos de amargarme, me tomé el periodo obligatorio de encierro como se toma cualquier estudiante el tiempo que debe pasarse en la biblioteca mientras transita su carrera hacia el título de grado.

Recuperada la libertad, y resuelto a rehacer mi vida, o a empezar seriamente con su hechura, me busqué una lesbiana de buen pasar y le ofrecí los servicios que ya le había prestado mi padre putativo a mi madre ídem. Eran los años veinte en Berlín, de modo que lo que a principios de siglo había sido tal vez una extravagancia ahora se tomaba como un divertimento más, aunque tampoco es que la gente anduviera

esgrimiendo sus inclinaciones sexuales en cualquier círculo sin miedo a represalias y proscipciones. Las épocas de libertad siempre son añoradas por los que llegaron tarde a ellas, de ahí que tiendan a obtener cada vez más brillo en su falsa rememoración. El que las vivió sabe, sin embargo, que nada fue tan dorado como lo pulen. Ni qué decir para mí, físicamente impedido como estaba para disfrutar siquiera de la cuota de veracidad que contiene toda fama más o menos espuria.

Quiso la mala fortuna que, además, a mi esposa en los papeles –tan falsos como si los hubiese confeccionado yo, contrastados con la alianza que aseguraban reflejar– se le antojara de todos modos ser madre, y no por adopción. En ese entonces, yo no habría querido engendrar una criatura ni aun si hubiera estado en condiciones de hacerlo, a la vez que no soportaba la idea de que a mi mujer, por muy impostada que fuera, la preñase otro hombre. Una situación sin salida con la que, no obstante, acabamos aviniéndonos, como esas personas que padecen una enfermedad terminal pero siguen vivas y hasta terminan enterrando a casi todos los que ya le habían dado su pésame por anticipado. Si algo había aprendido de mis padrastros –que por su parte deben de haber muerto creyendo que su hijuelo era un héroe de guerra– era que pocas instituciones revelan, puestas a presión, una mayor flexibilidad que la del matrimonio. Se trata de un estado al que se le

pueden quitar todos sus atributos, empezando por la civilidad en el trato, sin que por eso corra grandes riesgos de disolverse.

Mi verdadero compromiso era con el Partido, al que ingresé en 1927, no tanto por afición ideológica como por ver anulado mi pasado criminal de un plumazo, al menos dentro de sus filas. La promesa de borrón y cuenta nueva con que había nacido esa pujante fuerza política resultaba irresistible para alguien que estaba llegando a la treintena sin más proyecto de vida que ocultar lo mejor posible el tramo que ya llevaba recorrido. Por mis dotes retóricas, entre las que destacaba la imitación perfecta de casi cualquier voz, incluidas las de sexo así llamado opuesto, fui derivado rápidamente a una de las secciones de propaganda. Me encargué allí primero de redactar y después de supervisar la producción de panfletos incendiarios en nombre de otras fuerzas políticas, labor que coordinaba con los grupos de choque encargados de utilizar mis invectivas como pretexto para sus razias.

Trabajar para Joseph Goebbels tenía su encanto. Pese a su aspecto adusto y a la rigidez de sus modos en público, puertas adentro era una persona afable, capaz de hacer bromas hasta sobre su escasa estatura. “No es que yo sea pequeño, sino que los otros crecen de más”, solía decir, dando a entender que esa energía que el resto ponía en extender tronco y extremidades, en los petisos estaba concentrada en partes más importantes.

El plural incluía, como segundo término, al cerebro o a lo otro, según las escalas de jerarquía que manejara el interlocutor, pero en cualquier caso establecía entre ambos órganos una relación casi de necesidad mutua. Siendo la baja estatura una forma de la impotencia, acaso la peor, por tan evidente –pese a las botas de tacos vertiginosos que gastaba nuestro jefe y a la elevación, tampoco desmedida, del jefe de todos–, el método Goebbels de restitución retórica de una merma física tenía la doble ventaja de, como mínimo, poner en duda las connotaciones negativas del enanismo y, de máxima, convertirlas en su reverso, exponiendo al competidor a un ridículo del mismo tamaño que su antigua superioridad.

No otro era el proceder con los judíos y, en general, con todos los enemigos de la raza que llamábamos superior –que no suprema– precisamente para guardarnos el beneficio de la comparación. Todo era –debía parecer– una reacción, una defensa, a lo sumo una contraofensiva. No queríamos imponer un linaje, sino defender el nuestro de quienes buscaban contaminarlo y llevarlo a su ruina, del mismo modo que no quisimos tomar el poder, sino defender las instituciones de quienes las prendían fuego, ni invadir países que antes –un antes que podía extenderse por décadas– no nos hubieran invadido a nosotros o no hubieran solicitado, de manera más o menos manifiesta, su anexión. El único absoluto que reconocíamos era

el objetivo último, esto es, la paz perpetua que los alemanes anhelamos al menos desde Immanuel Kant –en el sentido de ausencia de violencia, pero también en lo económico y aún en lo racial–, que sólo podía lograrse por medio de otro absoluto: la guerra total. Muchas veces le oí a Goebbels utilizar esa expresión puertas adentro, antes de que se la gritara en forma de pregunta a una multitud demasiado inocente como para no percibir que era retórica y ya estaba contestada desde que empezamos a gestarla con nuestra propaganda.

Mi capacidad de inventiva, sobre todo en lo que se refería a chicanear y agraviar al Partido del que era parte –sólo tenía que expresar lo que pensaba y entregar el material con cara de asco–, me valió sucesivos ascensos, supongo que también pensados para redirigir toda esa energía maliciosa en favor de los ideales propios. Como asesor directo del asesor directo de Goebbels, llegué a componer algunos discursos de campaña, aunque mis mejores frases solían quedar afuera de la versión definitiva por ser demasiado alevosas, al menos hasta que no llegásemos al poder. Frustrado por lo que consideraba una subutilización de mi fuerza creativa y ansioso por acelerar mi escalada dentro de la jerarquía del Partido, llevé mi celo por la desinformación sistemática a un punto de no retorno: le hice llegar a un periódico de alcance nacional una carta, supuestamente de puño y letra del canciller alemán Franz von Papen, en la que este le

pedía permiso a su par ruso, Joseph Stalin, para adoptar el rublo como moneda alemana, con el alegado fin de ponerle freno a la inflación galopante.

La iniciativa –o las iniciativas, tanto la falsa carta como la de ponerla en circulación–, aunque festejada en la intimidad de los comités, no contó con el beneplácito de mi jefe, al que nada le agradaba menos que las ideas ajenas que no podía hacer pasar por propias, ya fuera porque no le cedían los derechos, ya fuera porque resultaba evidente que nunca podría haberlas concebido. Su reacción no fue inmediata (la venganza es un plato que se sirve frío, y Goebbels no era de apurarse ni para comer de los otros), sino que esperó a que Hitler se erigiera en canciller para entonces sí degradarme a archivista, un puesto que concentraba a tal punto el desinterés del régimen que ya tenía algo de honorífico conseguirlo, como quien no logra contestar bien ni una de las preguntas de un examen y por eso queda grabado en el recuerdo de su profesora como el peor alumno imaginable. En calidad de oveja especialmente negra, más aún que de soldado condecorado –quién no se había vuelto del frente con una cucarda y hasta habiendo perdido funciones del cuerpo más palmarias que las que extrañaba yo–, mis excamaradas me sumaban de cuando en cuando a los grupos de tareas, sobre todo si tocaba realizar un allanamiento en la casa de un algún intelectual del bando enemigo.

Tiempo después de la última de estas incursiones, como venía diciendo, me detuvieron, juzgaron y condenaron por hurto –me gustaría poder decir que el de los cuadernos azules en octavo, pero nunca pedí ni me dieron precisiones al respecto– a otros cuatro años de prisión. Poco motivado para doctorarme en sombra, tras haber cursado los primeros cuatro años con asistencia perfecta –al buen comportamiento dentro de la cárcel no lo supera el comportamiento directamente amoroso, como creía yo, porque los favores que se obtienen de él tarde o temprano quedan sepultados bajo las zancadillas del despecho–, aproveché el tiempo de gracia concedido por la apelación de la sentencia para escapar de Alemania y aún de Europa –si volvía a estallar la guerra, y nada parecía hablar a favor de lo contrario, seguramente no se iba a extender menos que la anterior– y tomarme el primer barco disponible rumbo a Latinoamérica.

Aunque el buque pasó por Buenos Aires –y aun por Río de Janeiro–, me quedé trabajando en él como redactor del boletín interno de novedades –una novedad que inventamos con el capitán una noche de juer-ga en su camarote– hasta recalar en su rimbombante destino final, Valparaíso, ubicado en el centro exacto de esa franja de tierra con forma de Chile llamada precisamente así, aunque allí al fruto se le dice “pimiento”. Más tarde supe que la palabra era utilizada en otras latitudes también para referirse de manera picante a la

otra cosa que evoca la forma insólita de ese país, y no puedo dejar de anotar la ironía de haberme exiliado allí aun sin conocer este detalle, como si me sintiera obligado a resarcirme de mis falencias valiéndome de cualquier medio que tuviera a mi alcance, incluidos los inconscientes.

Todas las carencias que sufrí de inmediato en esta ciudad abandonada de la mano de Zeus –o al menos de su esposa, Europa– quedaron suplidas por los funiculares que proliferaban en ella, tengo entendido que como en ninguna otra del planeta para ese momento, con la posible excepción de Lisboa, una ciudad que me ha quedado en el tintero conocer, tras leer las loas que le canta Thomas Mann en su novela sobre el bello impostor, o sobre la belleza de la impostura. Nada me placía más que buscarme excusas en la parte alta para hacer uso de esos trencitos de un solo vagón que se valen en sus escaladas exclusivamente de la fuerza de su contraparte, como nos enseñó Goebbels que era la manera más eficiente de administrar la energía, en este caso de manera sana y por así decirlo consensuada, y no como ocurre en la política, aunque tampoco allí debe descartarse nunca que existan intereses creados hasta en las facciones que parecen más perjudicadas. Siempre alguien saca o cree sacar una ventaja, aunque sea a costa de sus hermanos, aprendí en la cárcel y luego en las oficinas de propaganda. En eso Maquiavelo se equivoca o se queda a mitad de camino:

no sólo es cierto que dividiendo se logra acceder al gobierno y mantenerlo, sino que carecer de poder crea automáticamente divisiones en la oposición.

Durante estos paseos funiculares conocí a mi segunda esposa, no por viajar con ella sino por cruzármela con regularidad. El instante en que los vagones quedan alineados tiene siempre algo mágico y los ocupantes se miran de una ventanilla a otra en secreto contubernio, olvidados los del lado descendente que se trata de un aparato de subir, no por nada llamado ascensor en su versión totalmente vertical. En el primer café que tomamos juntos, esta suiza me confesó que vivía en la parte alta y se buscaba excusas en la costa para montarse a ese medio de elevación, aunque siendo natural de Lucerna el cariño por los funiculares era en su caso simple nostalgia. Me discutió, en esa primera charla, que la parte difícil fuese la de escalada en vez de la otra, mostrándome su delicado tobillo derecho a modo de prueba, también consciente, me pareció, de que era la única parte que había quedado milagrosamente joven de su cuerpo ya sexagenario, como si los dioses la hubiesen tomado por allí para hundirla en la tercera edad. Tres veces se había lastimado ese tobillo al bajar la montaña y ni una al subirla, alegó. Como digo, las relaciones de fuerza siempre son eso, relaciones, y el que se aprovecha de las debilidades ajenas no es impensable que esté poniendo a prueba y hasta esperando, tácitamente, que saquen ventaja de las propias.

Una vez que senté cabeza, como me enseñaron que se decía –nada me resultó más fácil que aprender español, quizá porque todo idioma extranjero tiene algo de impostado, parece ser uno el que lo va inventando a medida que lo adquiere–, los pensamientos volvieron a inquietarse en torno a mi situación y decidí escribirle a la cúpula del Partido una larga carta admitiendo mis yerros –con la misma vaguedad con que me los habían endilgado– y suplicando clemencia para poder volver a mi país o, en su defecto, ser comisionado con la representación patriótica de sus intereses en el sur del mundo. La situación del otro lado del océano había cambiado radicalmente después de que Hitler mandara asesinar a Ernst Röhm y su círculo de colaboradores de la SA, supuestamente porque habían estado planificando un golpe interno, lo que sólo podía ser un pretexto ideado por Goebbels para destruir el ala moderada del Partido y limpiarse a sí mismo del pecado de haber pertenecido a ella, aunque a costa de ensuciarse hasta las heces en los de la mentira y la traición. Frente al Parlamento, el Führer fue aún más sutil –ni que un alma gemela a la mía le escribiera los discursos– y explicó que en la *Sturmabteilung* se había hecho correr el rumor de que él quería desarticularla para así justificar la intención de asesinarlo a él en una –como supuestamente la habían apodado las huestes de Ernst Röhm– *noche de los cuchillos largos*. Ningún conecedor del modo de operar de Hitler –ni hablar si

además ha fungido de hacedor– dejaba de reconocer en toda esa estratagema una fiel reproducción de planes propios, invertidos por el espejo de su perfidia. Hitler era de esos tipos que en una cena te pasan amablemente los cubiertos, agarrándolos él por el mango.

Poco después de que me mandaran al archivo, admito que como venganza por el destrato recibido, yo había empezado a colaborar, naturalmente bajo seudónimo –aunque en nuestro ámbito ese disfraz fuera transparente como un nombre artístico–, con el *Kampfblatt* de Gregor Strasser, otro de los supuestos cerdos bolcheviques que fueron carneados en la noche acuchillada, que en rigor duró varios días y efectivamente descuartizó a la SA (la idea de llamar a la operación de limpieza con el nombre que le habían dado los supuestos golpistas para de ese modo realzar que en el fondo se trató de un suicidio, un *harakiri*, fue claramente una vuelta de tuerca de más que no creo que nadie logre desenroscar en el futuro). Así como en su momento malicié que Goebbels, que venía compitiendo con Strasser desde su época de *Gauleiter* de Berlín, me había archivado por rencor, ahora me creí con derecho y hasta en la obligación de suponer lo contrario, esto es, que me había hecho mandar a la cárcel para salvarme de la depuración en ciernes. De ahí el optimismo de mi misiva a la cúpula del Partido y también la idea de redactarla como una confesión de parte, de modo que les sirviera para relevar retrospectivamente

la condena –ignorando su incumplimiento– y reincorporar, sin perder el rostro, a una pieza experimentada de su maquinaria propagandística.

Ilusiones. Nadie se tomó el trabajo de siquiera rechazar mi pedido.

Por supuesto que eso no me amedrentó, al contrario. Cambié de tono y aún de interlocutor. Aunque los altos mandos nazis exigían sumisión incondicional tanto de amigos como de enemigos –de eso se trató la escisión con Röhm y Strasser y los otros moderados que abogaban por llegar al poder mediante pactos y consensos–, nada despreciaban más que conseguirla. No sé si porque intuían la hipocresía tras las lisonjas o porque estaban preparados para lidiar sólo con quienes se les resistían, lo cierto es que subsumirse abiertamente a sus caprichos nunca traía beneficio alguno, impidiendo además el consuelo de al menos ventilar los propios rencores. Con la suficiencia jurídica de un abogado y el desdén retórico de un intelectual –las únicas armas, fuera de las de fuego, por las que los nazis sentían auténtico pavor–, me dirigí entonces a la máxima instancia de justicia, desmintiendo todo lo que había confesado en la misiva anterior –ya sabría qué hacer si daban con ella y se les ocurría usarla en mi contra: que la mentira tenga patas cortas nos enseña que no vale la pena pensar a largo plazo cuando la echamos a correr– y exigiendo la condonación de mi pena por “los evidentes errores en el expediente”.

Entre las primeras cosas que en ese momento me hubiera gustado enseñarle al hijo que nunca creí que llegaría a tener –y que finalmente tuve, como contaré llegado el momento, aunque con una madre que no me hubiera permitido transmitirle estos cinismos– está que, cuando uno no sabe de algún tema, lo mejor es darlo por universalmente conocido, sobre todo en el interlocutor, porque hay que estar muy seguro de la erudición propia para arriesgarse a denunciar la ignorancia ajena, sin miedo a quedar uno mismo como el que no entendió nada. Esta carta me habría servido de ejemplo incontestable, porque efectivamente logré que me suspendieran la pena por “inconsistencias procesales” y así fue como logré recuperar mi membresía del Partido.

Pero la fortuna tiene a veces patas aún más cortas que la mentira. Antes de que pudiese preguntarme qué hacer con ese privilegio recobrado, tan lejos de donde hubiera podido serme de utilidad alguna, volví a perderlo. Lo que ocurrió fue que mi primera esposa, a quien me había olvidado de decirle a dónde me escapaba –llevármela conmigo es algo que ni se me pasó por la cabeza– había solicitado ayuda oficial para dar con mi paradero y exigirme el divorcio. Ser una mujer abandonada –¡si al menos la hubieran dejado encinta!– le parecía socialmente peor que haber seguido soltera en primera instancia, además de que yo le había quedado debiendo algún dinero. Durante

el curso de la investigación, así como no se pudo determinar el nuevo domicilio del fugitivo –mi carta de arrepentido desde Valparaíso no había servido ni para eso–, tampoco se encontró en el juzgado el expediente de mi primera condena –¿para qué entraba uno al Partido y se apresuraba a hacer amigos de la misma ideología en diferentes dependencias del Estado?–. Presuponiendo mi culpabilidad sin necesidad de otro juicio –ni la primera ni la más grave falta de ética jurídica del nazismo–, fui apartado del NSDAP de manera definitiva.

La proscripción no me cambiaba mucho, considerando que la reinserción no me había servido para nada, pero igual la consideré una afrenta ahora sí que imperdonable. Mientras incubaba la venganza –en aplicarla destinaría, como se verá, el resto de mis días–, utilicé la dote de mi viuda helvética, dueña de más tierras en la Patagonia chilena de las que abarcaba su cantón natal, en fundar una compañía de transporte junto a un lugareño que conocí en el casino. Pero lo mío no eran los negocios, ganar dinero es mucho más tedioso que gastarlo y, si bien había espacio para aplicar mis saberes, me faltaba el público que supiera apreciarlos. Ver caer a la gente en el engaño no es aplauso suficiente para quien inventa, en el fondo, con la esperanza de que tarde o temprano se descubra el artificio. Nuestra obra aspira a que el embeleso por su hábil hechura termine opacando lo que al principio

queda absorbido, tal vez no injustificadamente, por la más pura y dura indignación.

Cuando el negocio empezó a flaquear y mi esposa –acaso barruntando que no era la primera, tras mi negativa a acompañarla de paseo a Baviera, por cuestión de papeles– me clausuró el libre acceso a su caja fuerte –una de tantas y seguramente no tan nutrida como las que tenía reservadas para sus dos hijos, de los que yo sólo sabía que le habían quitado la palabra–, empecé a contraer deudas en nombre de mi socio, un señor que debía su buena reputación exclusivamente a su apellido castizo y a su tez blanca, lo mismo que yo a mi ascendencia teutona, sinónimo en este lado del mundo de trabajo y honestidad, una combinación de virtudes que al parecer no se daba con tanta frecuencia entre los locales.

Como era de esperar en una ciudad pequeña de un muy pequeño país, en algún momento no me quedaron más personas adineradas a las que tocarles la puerta para apaciguar a quienes tocaban a la mía. Previendo que aun en las antípodas los acreedores no tendrían la costumbre de deponer sus reclamos, y hasta serían especialmente poco civiles a la hora de recuperar lo que consideraban suyo, decidí que era hora de explorar cómo se veían las salidas de sol del otro lado de la cordillera.

## ÍNDICE

1. La verdad sobre mi adhesión al nazismo .....	9
2. La verdad sobre mi ingreso al Frente Negro .....	33
3. La verdad sobre mi salida del Frente Negro .....	61
<i>Los invasores invisibles</i> .....	77
4. Hanno Jonas (su verdad).....	91
5. La verdad sobre los políticos .....	111
6. La verdad sobre el Luna Park .....	121
7. La verdad sobre la Patagonia.....	133
8. La verdad sobre Jorge Luis Borges .....	153
9. La verdad sobre el Graf Spee .....	165
10. La verdad sobre la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas .....	183
11. La verdad sobre <i>La marquesa de O</i> .....	209
12. Una amistad verdadera .....	223
<i>Yo, yo, qué grande soy</i> .....	255
13. La verdad sobre Hollywood .....	273
14. La verdad sobre mi hijo .....	297
15. La verdad sobre el idioma alemán.....	307
16. La verdad sobre el comunismo.....	321
17. La sombra de Kafka .....	329
<i>Carta al hijo</i> .....	353

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EL DÍA 27 DE MARZO DE 2026